CAPITULO IX

EN EL QUE LOS ACTORES NO ACIERTAN Á COMPRENDER QUE Á TALES EMBROLLOS LOS CONDUJERA EL PECADO DEL SIGLO.

El Padre Fray José quiso hablar á solas con Don Manuel en la sala.

Doña Mariana é Isabel se instalaron en la asistencia con las visitas.

—Mi Señor Don Manuel, dijo el Padre, me he tomado la libertad de invitar á usted á una conferencia en la que definitivamente queden arreglados los asuntos de la casa.

—Reverendo Padre, siento sobremanera esta desgracia; pero crea usted que no está en mi mano evitar lo que pasa por mí; no me siento con fuerzas para luchar con mi destino y me encuentro á mi pesar subyugado por una fuer-

CAPILLA ALFONSINA

za superior.

—En cuanto á eso, mi Señor Don Manuel, creo por mi parte que la voluntad lo vence todo, y que recurriendo á la fuente de la religion que es la verdadera sabiduría, el demonio no tiene poder para subyugarnos.

—En vano lo procuro, Reverendo Padre, y me asusta muchas veces encontrarme en medio de un mundo, para mí desconocido; pero en medio del cual no tengo valor para luchar con las pasiones. Siento en el alma haber causado á mi muger esta pesadumbre, pero yo no la he buscado, yo no tengo la culpa de ser débil para combatir con el demonio. Si algo se pudiera hacer para cortar, por lo menos el escándalo, estoy pronto á poner los medios; pero que no se me exijan imposibles.

—Precisamente nuestra conferencia, tiene por objeto tomar medidas de conciliacion, Señor Don Manuel; y si usted se presta, todo se puede conseguir. Yo deseo solamente que tenga usted presente el cúmulo de desgracias que sobrevendrán á la familia con la obstinacion de usted; por una parte el mal ejemplo á los hijos, de que algun dia tendrá usted que dar estrecha cuenta á Dios, y por otra parte la tribulacion de la Señora Doña Mariana, cuya vida se ha amargado en un grado sumo.

—Todo lo tengo presente, Rverendo Padre, y con positivo sentimiento veo que nada puedo remediar, por que no soy dueño de mí mismo.

—Oiga usted la voz de su conciencia, pero ya no solo la voz muda, sino la de su muger y su hija, ellas con sus súplicas y sus lágrimas, lograrán ablandar el corazon de usted á su favor, y lo harán cambiar de vida, devolviéndoles la paz

y la felicidad que parece haber huido de esta casa para siempre.

—Deseo, Reverendo Padre, que cualquier arreglo sea definitivamente tenido entre nosotros, sin la intervencion de mi muger; ella no tiene tino para conducirse.

—Doña Mariana, en legítima defensa de sus derechos violados, tiene la razon que la asiste; y si hemos de ser justos para que á la vez lo sean con nosotros, es necesario sufrir las recriminaciones á que nos hacemos acredores por nuestra mala conducta.

—Es verdad.

—Voy pues á llamar á Doña Mariana, recomendando á usted la mayor prudencia y moderacion.

Y sin dar lugar á réplica, Fray José se levantó para llamar á Doña Mariana.

Un momento despues, Don Manuel y Doña Mariana hablaban de este modo; siendo Don Manuel el primero que rompió el largo silencio que precedió á la conversacion.

—Mariana, dijo; sé que te ofendo, pero no está en mi mano evitar este daño; yo no soy dueño de mí mismo, por que jamas se me ha presentado ocasion de aprender á luchar con las pasiones; yo no puedo corresponder á tu cariño anterior mas que con mi pasado; hoy me desconozco á mí mismo, y aun creo que lo que me pasa es el resultado de mi educacion, y del género de vida que he llevado siempre: yo no conocía el mundo, y ahora veo que para vivir en él se necesita conocerlo, para apreciar debidamente la felicidad conyugal, se necesita haber sentido primero el sufrimiento y el desengaño: yo no he tenido descepciones, y ahora que entro en un mundo nuevo, me doy cuenta de que hasta ayer era yo un

CAPILLA ALFONSINA

niño de cincuenta años.

—¿Y estás tan ciego, dijo á su vez Doña Mariana, que en medio de ese mundo nuevo, como tú dices, ni las lágrimas, ni la desgracia de tu familia sean suficientes á hacerte comprender lo mal que obras?

—Obro mal, es cierto; pero arrastrado por una fuerza superior.

—¿Y cual es esa fuerza?

—Algo que hay en mí, que me inclina, á pesar de todas las consideraciones, á la vida que llevo.

—¿Y tu muger y tu hija?

—Las considero, las compadezco, me atormentan, me matan; pero nada puedo hacer para aliviarlas: ya he dicho que no soy dueño de mi voluntad.

—¿Quiere decir que esto no tiene remedio?

—Por el camino que se ha emprendido para obligarme, nó, Mariana.

—¿Pues qué debo hacer en ese caso?

—Suprimir el escándalo. Observo hace un rato que mi casa está convertida en un oratorio, hay un olor á incienso y á cera que manifiestan que aquí se reza por mí, y que por medio de este recurso, muy bueno por otra parte, se hace pública tu afrenta y la mia, y despues de la oracion, viene el escándalo. Ademas, percibo un rumor como el de la conversacion de muchas personas. Esas personas atraidas por la novedad, por las devociones, y por los Santos, son otras tantas trompetas de la fama que se ocupan en divulgar por todas partes mis debilidades y mis faltas, y esto, como comprenderas, es tirar el guante y provocarme á la guerra descarada y sin cuartel.

—¿Yó, Manuel? dijo asombrada Doña Mariana.

—Sí; ese aparato de que te has rodeado, esas públicas manifestaciones que has hecho de tu desgracia, han atraido sobre mí la animadversion de las gentes, y sobre tí la conmiseracion y los agasajos. El comedor de mi casa está iluminado como para una fiesta, yo bien sé que no es mas que el servicio de la merienda á diez ó doce personas; pero todos estos incidentes, estas pequeñas solemnidades que se hacen á mi nombre, no son mas que el escándalo reglamentado, prescrito, y no por eso menos criminal ni menos imprudente.

—¡Manuel.....!

—Sí, Mariana: tus recados á las monjas, las repetidas confidencias de tu desgracia, son la guerra, la guerra sin tregua en la cual no vas á sacar la mejor parte. En todos los círculos, en todos los conventos y hasta entre la gente soez, circulan las anécdotas mas estrañas con respecto á nuestros asuntos, Mariana; y mucho te has equivocado si has pensado acertar con esa conducta que es toda de provocacion. No parece sino que el escándalo es el único medio para echarme en cara mi conducta, y no sabes Mariana, ni te lo ha llegado á decir ninguno de tus doctos teólogos, ni de tus santas madres que el temor de la publicidad, es el mas eficáz de los retraentes. ¡Cuantas cosas malas deja de hacer la sociedad por temor del "qué dirán!"

—Es cierto, dijo Mariana.

—Pues si lo conoces ¿por qué en vez de procurar el sigilo buscas la publicidad? Si tal hubiera sido tu conducta, otro seria hoy el estado de las cosas; pero lejos de usar de la prudencia, virtud tan necesaria en la muger, te has valido de las peores armas, y te has convertido para mí, ya no en la

esposa ultrajada, sino en el enemigo encarnizado que se para peta tras de los Santos, tras de los conventos, tras de las ve las, y que envuelto en una nube de incienso, busca un coro de que rodearse, para que mil voces á un tiempo griten por todos los ámbitos de México. "Don Manuel de la Rosa es un prostituido. Don Manuel de la Rosa ha abandonado á su muger y á su hija, que son un par de santas, que lloran y rezan todo el dia"..... Esta es tu obra Mariana, esta es tu venganza, estoy vencido, y como enemigo derrotado huyo, esto es todo. ¿Tienes algo que objetar á todo esto?

—Me dejas asombrada; por que si hay algo reprochable en mi conducta, digo á la vez como tú ¿soy dueña de mí misma? ¿No he consultado con los hombres mas sabios segun mi entender?

—¿Y qué te han aconsejado esos hombres sabios?

—Prudencia, siempre prudencia.

—¿Y la has tenido?

—¿Qué mas prudencia puedo usar contigo que no hacerte reconvenciones, que no exijirte nada y sufrir con resignacion?

—¿Y este aparato?

—Es preciso rogar á Dios en nuestras tribulaciones; ¿á quién he de ocurrir sino á Dios?

—Pero por medio de las monjas, de los criados, de los cargadores que han traido esas imájenes, de los sacristanes que saben muy bien para qué son esos santos, de todo el vecindario que sabe muy bien por qué arden esas velas. Yo no me opongo á que recurra nadie á Dios en sus tribulaciones; pero si repruebo que se haga un escándalo de una poridad vergonzosa, sin maldita la aprension de los maldicientes y

del vulgo que vive de crónica y escándalos de esta especie.

—Yo no he creido ofenderte con rezar.

—Con rezar no: sino con hacer púbico alarde del rezo y del motivo que te obliga á rezar.

—¿Pues que debia yo haber hecho?

—Lo que hubiera hecho una muger verdaderamente racional y prudente, una esposa amante del buen nombre de su marido; por que, aun soponiendo que yo, por una aberracion inconcebible, haya podido arrojar mi nombre puro en medio del fango, ese nombre querido para tí y cuyo esplendor es tuyo, por que tambien lo llevas, ese nombre arrojado por mí en el lodo, debió haber sido levantado y ocultado por tí, para que los demas no lo vieran manchado, para que nuestra hija, no se hubiera apercibido de que su padre cometía una falta; pero lejos de eso, Isabel ha sido tu primera confidente, las criadas estan enteradas de todo como de asuntos propios; y en vez de oponer á un capricho mio, á una falta, á un crímen, ese contrapeso poderoso del cariño y de la reflexion, me has arrojado el guante para ver quien vence; de manera que en vez de oir hoy en mi famila la voz que me llama y me consuela y de ver el rincon amoroso lleno de los atractivos de una vida de paz y de dicha, veo en tí mi mayor enemigo, en Isabel un ángel ante el cual me avergüenzo, en cada uno de los criados un testigo, un espia, un parcial tuyo, y un ademan de reprobacion: en mi casa veo la fortaleza donde se encastillan todos los tuyos, parapetados con santos y novenas, y yo entro aquí como el se rmaldito y aborrecido.

—¡Que pintura tan horrible! dijo Doña Mariana tapándose

CAPILLA ALFONSINA

la cara con las manos.

—Tan cierta; dijo Don Manuel con firmeza. Y cuando las cosas han llegado á este estremo ¿á qué puedo aspirar? ¿qué transaccion es posible, qué paso puede conducirnos al pasado ¿cómo borrar las huellas de todos tus pasos, cuando siguendo cada uno de los mios, que pudieran haber pasado desapercibidos para los demas, los has ido marcando con una campanada? Yo sé que las cosas han llegado al estremo de que las monjas han dedicado sus rezos á la Providencia, suplicándole por mí.

—No he sido yo quién ha contado lo que pasa á las monjas.

—Lo mismo dá: han sido tus amigas, que con la mejor intencion del mundo, han inclinado á las monjas á rezar, poniéndoles de manifiesto mi mala conducta, por tal de hacer recaer en tí la conmiseracion y la simpatía. En resumidas cuentas, has aceptado con entusiasmo el papel de víctima, confesándote á gritos, solo que en vez de gritar tus culpas, por que no las tienes, has publicado las mias que son escandalosas, pues tal es el caracter, que no pueden menos de tener para todo el mundo.

—¿Quiere decir que esto no tiene remedio?

—Precisamente por que se me ha invitado á un arreglo definitivo, he venido á mi casa. Veamos cual es ese arreglo. Estoy pronto á oir las proposiciones.

—El Padre Fray José debe tener algo pensado sobre el particular. Yo no he hecho mas que llevarme de los consejos de todo el que ha querido tomar parte en nuestras desgracias, pues sabes que por mí misma, no soy capáz de tomar ninguna resolucion.

—Ya lo veo, y lo lamento al mismo tiempo; por que esta obra magna, es tanto mas notable, cuanto que es obra de muchos ingenios.

—Si yo lo hubiera sabido, nada me costaba no haberlo dicho á nadie; pero no me ocurrió que la publicidad habia de ser lo que mas te decidiera á obrar mal.

—Al hombre le cuesta gran trabajo segun su moral y su educacion, romper abiertamente con la sociedad; y el esfuerzo poderoso que á todo hombre honrado le cuesta dar este paso funesto, muchas veces tiene colaboradores que lo impulsan á salvar de una vez las barreras de la consideracion social.

—¿Pero nosotras.....?

—Ustedes han sido las colaboradoras, ustedes me han obligado á salver de un solo paso el camino que me hubiera costado mucho trabajo y mucho sacrificio salvar por mí solo.

¡Cuantas veces, Mariana, cuantas veces el primer paso en la carrera del mal es el todo; y para que acabes de conocer bien la situacion, te lo diré de una vez: la primera noche tuve remordimientos horribles, por que mi conducta no hacia mas que víctimas; pero tan luego como esas víctimas se han convertido en enemigos, ya no tengo remordimientos. Estamos divididos en dos bandos; y por mi parte estoy dispuesto á luchar cuerpo á cuerpo.

———

CAPITULO X.

SIGUE EL PECADO DEL SIGLO ATRAGANTANDO Á ALGUNAS POBRES GENTES.

Doña Mariana entraba tambien en un mundo nuevo, y se espantaba de tener sobre sí tan inmensa responsabilidad en la situacion presente.

—Es cierto, se decia; si yo hubiera procurado encubrir á mi marido.... Pero ¡que horror, Dios mio! ese sería el colmo de la inmoralidad, ¡ser yo misma su cómplice y ayudarlo á engañar al mundo, á decir mentiras!.. nó, no; eso sería pedir mas de lo que una muger está obligada á hacer por su marido.

¡El escándalo! ¿cómo puede ser escándalo la oracion? Que todos lo saben, que todos me ayudan á pedir á Dios por el

CAPILLA ALFONSINA

acierto en las acciones de mi marido; ¿pero tengo yo la culpa, de que mis amigas se interesen por mí? ¡Ah, yo me confundo, no sé qué pensar, y me horroriza la idea de perder para siempre á mi marido! Solo el Padre Fray José puede resolver cuestiones tan difíciles.

El padre Fray José, que habia escuchado la mayor parte de la conversacion detras de la contigua vidriera que comunicaba con las recámaras, salió como evocado por el pensamiento de Doña Mariana.

—Mi Señor Don Manuel, dijo sentándose; ¿se han arreglado ya los puntos de la reconciliacion?

—Esperabamos á vuestra paternidad, para dejar este asunto definitivamente terminado, segun vuestra paternidad se ha servido escribírmelo.

—Si se persuade usted de las razones que militan en favor de un oportuno arrepentimiento, tan necesario á al paz doméstica, podremos tomarlo como base del mejor areglo posible.

—Reverendo Padre. Esa base, sería efectivamente, un remedio que allanaría todas las dificultades, y bajo este punto de vista, todas las cuestiones existentes desaparecerían en el momento; pero es el caso, Reverendo Padre, que no me encuentro dispuesto á transar en ese sentido.

—Espíritu rebelde, esclamó Fray José, la obstinacion en el pecado.

—No, Reverendo Padre, este es el punto á que han llegado las cosas; punto desde el cual no es posible retroceder, porque nada ganaría en ello.

—¿Y el amor de la muger y de la hija?

—La muger ha formado un cuerpo beligerante en el que las armas son el escándalo. El escándalo está dado. El escándalo me ha juzgado ya, y al verme retroceder me silbaría.

—La paz doméstica.....

—La paz doméstica es imposible, cuando á mi primera falta se han hecho desaparecer todas las consideraciones, procurando aparecer, mi muger la primera, no como la muger desgraciada que llora en silencio, sino como el contendiente resuelto á emprender una lucha á muerte, haciendo desaparecer, con ese aparato, toda ternura, todo cariño y todo recurso de reconciliacion. Todo lo que tenia que perder ante el mundo, lo he perdido ya; por que mi muger me ha ayudado á perderlo. Todo lo que tenía que perder ante mi muger y mi hija, lo he perdido tambien supuesto que ambas á dos forman á la cabeza de los que rezan por mí, de los que me huyen como á un endemoniado; por que ha podido en sus corazones mas el escándalo del pecado, que la inconsecuencia y la infidelidad; se me vé como apestado, y se rodea la casa de un aparato como si tubiera yo á todos los diablos en el cuerpo.

—El celo religioso, Señor Don Manuel, obliga á estas pobres almas á elevar las preces y hacer las oraciones que su fé les dicta.

—Pero esas oracionesson el escándalo que me mata. ¿Y son esos los alhagos con que se pretende atraerme? Yo bien se que nada he hecho digno ni de elogio ni de recompensa; pero ¡es tan dulce el cariño, hay tanta elocuencia en la ternura, como repulsion en el reproche y la recriminacion.....! Esta muger que reza y que convierte mi casa en oratorio, que quema incienso y riega con agua bendita las habitaciones, ¿qué está haciendo mas que conjurando al endemoniado? no es la esposa ultrajada, sino la devota escandalizada, no es

la compañera de mi vida y la madre de mi hija, que llorosa, abatida y resignada espera la vuelta del marido arrepentido, del amante infiel y descarriado; no; nada existe ya de lo pasado, ni mi hija. ¿En donde está mi hija? está siendo la cabeza de un grupo de mugeres vulgares, y ordinarias las mas, que en repugnante corrillo comenta mi conducta y me la echa en cara con cada santo, con cada vela y con cada oracion; ¿es este el hogar doméstico que me atrae con el irresistible iman de la ternura? no Reverendo Padre, este es el cuartel general de mis enemigos. Yo bien sé que todo lo he perdido, adelante. Sociedad y familia, todo me abandona, fuerza es que triunfe mi corazon de hombre, y que se revele dentro de mi algo de dignidad. Aquí no hay nada.

Doña Mariana se soltó llorando.

El Padre Fray José guardó silencio.

Don Manuel permaneció impasible.

Estas ultimas palabas de Don Manuel cayeron con la gravedad y el aplomo de la verdad.

Nada era mas cierto que, en virtud de la educacion de Doña Mariana y de Isabel, el escándalo del pecado habia tenido en aquellas dos almas mas ascediente que la ternura y el amor.

Espantadas madre é hija ante la enormidad del pecado de Don Manuel, se habian replegado en la oracion; y un sentimiento puramente religioso ahogaba, por una aberracion, el sentimiento de la naturaleza.

Los celos de Doña Mariana, al principio, tomaron un caracter repulsivo, y mas se lamentaba la muger ultrajada del empecatado que del infiel.

Doña Mariana habia gozado siempre de la felicidad de

contemplar en su marido un católico ejemplar, y la pureza de alma de Don Manuel era el mas bello de los atractivos para Doña Mariana.

Hoy le contemplaba manchado, impuro y digno de la condenacion eterna: se habia vuelto el ser querido un ser rebelde é incompatible; el pedestal de aquel amor se habia roto y Doña Mariana ya no vacilaba en sacrificar al marido por salvar al cristiano.

Isabel por su parte, bebiendo en esa fuente no tenia embarazo en asegurar que quería menos á su padre desde que se habia pervertido, y tambien hubiera preferido no volver á verlo si en cambio sabía su arrepentimiento.

Doña Mariana empezaba á notar muy estraordinario lo que al principio le habia parecido muy sencillo. Aquellas imájenes y mas de diez velas de cera que ardian todas en las piezas de la casa, estaban poniendo de manifiesto la tribulacion de su familia, pero ¿no era ese uno de los medios mas eficaces para rogar á Dios por el alivio de nuestras penas?

Doña Mariana con todo su corazon habia aceptado aquelas imájenes y veia en cada una de ellas una esperanza: sencilla é ingenua, se arrodillaba delante de cada nicho pidiendo con positivo fervor religioso, la intercesion de los santos. Por su parte no habia aprendido otro modo de remediar los males, que recurriendo á quién mas puede y á quién mas sabe; y sin embargo ninguna acusacion era mas terrible para Don Manuel, que aquellas imájenes, que no se atrevia á despreciar, que él mismo veneraba, pero que hubiera deseado ver en otra parte.

Doña Mariana hubiera considerado una profanacion escándalosa devolver las imájenes, tanto mas, cuanto que no por

CAPILLA ALFONSINA

eso perdía su fé ciega en que por ese medio conseguiría el arrepentimiento de su marido.

El Padre Fray José creyó conveniente romper el largo silencio que habia reinado y dijo:

—Es necesario, Señor Don Manuel, que usted vea en estas demostraciones la espresion sencilla de dos almas cristianas que saben que por esos medios obtendrán el mas favorable resultado.

—Efectivamente Reverendo Padre, y yo mismo ni condeno esos medios y los respeto, pues tales son tambien mis creencias; pero deberá convenir Vuestra Paternidad en que en el presente caso, si bien este aparato es por una parte la esperanza de mi familia, es para mi una acusacion manifiesta y el cartel de mi deshonra, puesto por mi propia familia.

—Puede pasarse como una imprevision, pero de ningun modo como una hostilidad Señor Don Manuel. En todo caso debo proponer á usted el único medio, por el cual se conseguirá que lleguemos á la buena senda. Hay mútuos resentimientos que no es fácil desvanecer de un solo golpe y que solo el tiempo puede borrar; tan funestos así, son los estravíos; pero si deseamos conciliarlo todo, poniendo cada cual de su parte los medios que aconseja la prudencia, aceptaremos un temperamento medio.

—Estoy dispuesto á escuchar á vuestra paternidad.

—Hay un lugar en donde los pecadores mas contumases llegan á probar la uncion del arrepentimiento; y este lugar podria sevir de intermedio entre la disipacion y la vuelta al hogar doméstico.

—¿Qué lugar es ese, Reverendo Padre?

—El oratoro de San Felipe Neri, en donde podria usted per-

manecer nueve dias, entregado á la meditacion y al arrepentimiento. Allí, con los buenos consejos de los sacerdotes instrudos, podria usted con mas detenimiento pensar en la resolucion que quiera tomar en lo de adelante, y de todos modos ser usted solo quien delibere acerca del porvenir, sin que ocurra á nadie ejercer coaccion sobresu voluntad; usted acoje espontaneamente ese medio y espontaneamente decide lo que deba hacerse en seguida.

Don Manuel encontró, á pesar suyo, muy racional la proposicien de Fray José y guardó silencio.

Se oia solamente el chisporrotear de las velas de cera.

La fisonomía de Doña Mariana vagaba alternativamente del rostro pensativo de Don Manuel al de la Divina Infantita iluminada por las velas.

Doña Mariana con esa perspicacia tan peculiar de las mugeres, leyó en el rostro de Don Manuel la lucha que lo ajitaba interiormente.

Doña Mariana era en aquel momento toda oracion y todo sentimiento, y sin pensarlo, sin prevenirlo se levantó para caer de golpe á los piés de Don Manuel, anegada en llanto.

Isabel entró en ese momento y se abrazó de las rodillas de su padre.

Hubo un largo rato en el que el silencio de toda la casa era pavoroso.

—Los sollozos mesclaban su sonido particular que con nada se confunde mas que con el dolor, con el monótono chisporroteo de las velas de cera.

Este suele ser el último ruido que nos acompaña en el mundo; este es el ruido de la última despedida

Don Manuel pensó en la muerte, pensó en su edad, y probó

CAPILLA ALFONSINA

esa gota amarga que se desprende de la idea de morirse.

Sintió que se iba á enternecer, sintió la suave mano de Isabel asiendo la suya, sintió las lágrimas en sus propias manos y esclamó resuelto.

—¡Basta de lágrimas; Padre, mañana doy mi última resolucion!

Y se puso de pié.

Doña Mariana é Isabel se levantaron sin hablar.

Don Manuel se dirijió á la puerta y salió.

CAPITULO XI.

SOMBRIOS PRELIMINARES.

Cuando Don Manuel estuvo en la calle, su primer pensamiento fué este, que formuló parándose.

—Ya salí.

En seguida se embozó en su capa, se caló mas el sombrero y echó á andar, cabizbajo, y sin ver mas que el terreno que iba á pisar.

Vagó por algun tiempo sin dirijirse á la casa de Teresa.

—¡Si pudiera yo quedarme en otra parte! ¿Pero en donde? Mis amistades se han entibiado, he quebrado con los que me hicieron conocer á Teresa, por que de todos modos me han hecho un mal, y sobre todo, es muy ridículo ir á pedir hospe-

CAPILLA ALFONSINA

daje. Ya sé lo que debo hacer, dijo derrepente y orientándose tomó la direccion de la casa de Teresa.

Poco antes de llegar, vió á Dominga y le habló.

—¿Te acuerdas Dominga de la primera moneda de oro que te dí?

—Sí mi amo.

—Aquí tienes otra.

—¿Qué debo hacer?

—Escucha y guarda tu media onza.

—Mande su merced.

—Abres la puerta de la calle con mucho sigilo, me esperas en el pátio, abres la puerta de mi cuarto, la que dá al interior y me avisas, para que yo entre sin ser sentido de nadie, y tú, en cambio, sales de la misma manera y no vuelves en toda la noche.

—Pero mi ama va á incomodarse.

—Mañana te doy otra media onza despues de la reprimenda si no dices nada.

—¿Está malo su merced?

—Estoy cansado y no quiero verme obligado á desvelarme.

—Entónces avisaré á mi ama que su merced ha preferido recogerse y que encargó que no lo despertaran.

—Teresa me despertará á pesar de todo y necesito á toda costa estar solo y dormir.

—Está muy bien, mi amo.

Algunos momentos despues Don Manuel estaba en su cuarto, sin haber sido sentido de nadie en la casa, y permaneció mucho tiempo encerrado y á oscuras.

Hablaba solo con su conciencia.

A las nueve de la noche, llegaron Aldama, Quintero y Blanco.....

.....

Retrocedamos para poner al tanto á nuestros lectores de lo que habian hecho estos tres personajes en el resto del dia, desde que los abandonamos, hasta el momento en que los vemos llegar á la casa de Teresa.

Quintero, despues de separarse del Lobo, regresó á los Angeles; y llamó aparte al Cuco y habló con él algo muy interesante, por que el Cuco se puso tan contento como Quintero.

Poco tardaremos en saber los detalles de esta interesante conversacion.

Blanco fué á su casa y se ocupó de sus preparativos para forzar la puerta del almacen de Azcoiti, y Aldama ocurrió á la casa de éste para tomar las piezas vacías en arrendamiento.

A las seis de la tarde Quintero llegó á su casa y detrás de él el Lobo con los machetes afilados, y poco despues llegó Blanco, llevando á mas de su espada un machete bajo el brazo y encubriéndolo todo con la capa.

—Ahi tengo ya los otros dos.

—Bueno, ¿y Aldama?

—No le he visto.

—Quizá no tarde.

—¿Será este el último dia que pasamos pobres?

—Así lo espero. Hoy estoy contento.

—¿Ha habido algun buen negocio?

—Si no lo ha habido, lo habrá.

—¿El de esta noche?

CAPILLA ALFONSINA

—Sí.

—Me pone en cuidado la tardanza de Aldama.

—No hay por qué temer todavia, no son mas que las seis.

A pocos momentos llegó Aldama.

—¿Qué hay? preguntaron Quintero y Blanco.

—Malas noticias.

—¿Cómo?

—Me informaba del portero de la casa de Azcoiti acerca de la vivienda, cuando vi llegar unos muebles y supe por el mismo portero que unos forasteros acababan de ocupar la vivienda, y que permanecerian allí por algun tiempo por que eran parientes de los dueños de la casa.

—Ese negocio rodó, dijo Blanco.

—¡Por los cuernos de Satanás! esclamó Quintero.

—¿Qué hacemos? preguntó Aldama:

—El llanto sobre el difunto; á otra cosa. Señores y no hay que vacilar, dijo Blanco.

Propongo la casa de Dongo.

—Convenido ¿pero cómo entramos?

—No faltará medio, dijo Aldama; nos finjimos de la justicia, pedimos que se nos abra para practicar una averiguacion judicial, y ya una vez dentro veremos como nos las componemos con todos.

—Entre los tres *despachamos* á los mirones y quedamos dueños del campo.

—Haciéndolo todo con sigilo, dijo Aldama, en la misma noche sacamos el dinero y al dia siguiente ¡adivina quién te dió!

—Para lo cual, agregó Blanco, es necesario herir de muerte para que no quede ninguno que hable.

—Pero eso no es fácil objetó Quintero.

—Si llevamos miedo no es fácil, pero si vamos penetrados de la idea de que un vivo es nuestra muerte, es seguro que los golpes serán certeros.

—Pero habrá mucha gente que matar, volvió á observar Quintero.

—No importa, dijo Aldama, si al fin conseguimos deshacernos de todos los de la casa el negocio es hecho.

—Hay que temer que griten.

—La casa es muy grande y procurraremos primero intimidarlos.

—¡Por los cuernos de Satanás! salga lo quo salga; si no nos decidimos á esto, es preciso decidirnos á ahorcarnos ó á emigrar.

—¿Donde están los machetes? preguntó Aldama.

—Aquí están, dijo Quintero mostrándolos.

—Cierra la puerta.

A esta voz pasaron los tres á la segunda habitacion de Quintero. Blanco atrancó la primera puerta que daba á la calle y despues la de la segunda pieza con una gruesa tranca que era un morillo de cuatro á seis pulgadas de diámetro.

Aldama tomó uno de los machetes y probó el filo.

—Está bien, dijo. Con un buen tajo se puede echar abajo una cabeza.

—El golpe mas seguro, dijo Quintero, es á media cabeza, es golpe de abordaje, despues del primer golpe en medio del cráneo, pocos se quejan aunque sean muy habladores.

—Con mi machete, dijo Blanco, he partido una calavera en dos mitades.

CAPILLA ALFONSINA

—Y esa calavera, dijo Quintero, ¿era la de un hombre vivo?

—Nó: era una calavera solamente, una vieja calavera abandonada por el propietario: he aquí la fuerza de mi machete.

Y diciendo esto tiró un tajo á la tranca de la puerta, hundiendo el filo del machete mas de una pulgada.

—Probemos este, dijo Aldama, y de otro golpe hizo saltar una gruesa astilla. Magnífico esclamó, como sí hubiera encontrado un tesoro.

Quintero á su vez ensayó su machete contra la tranca que fué por algun tiempo el blanco.

Supongamos, dijo Quintero que esta raya es la mitad de una cabeza ¡paf! y descargando un tremendo golpe, dejó, enterrado el machete en la tranca, teniendo trabajo para sacarlo.

No gastemos las armas Señores, dijo Aldama y hablemos de lo que importa.

Estamos de acuerdo en que los machetes están á pedir de boca; vamos ahora á saber con quién tenemos que ensayarlos.

—¿Quién conoce la casa de Dongo?

—Yo no.

—Yo tampoco, dijo Blanco.

—Pues es muy sencillo, yo me introduciré con cualquier pretesto para reconocer el terreno, dijo Aldama.

—Ya tengo el pretesto, añadió Blanco.

—Veamos cual.

—Dongo tiene una gran cantidad de haba de venta.

—Bueno, iré á buscar haba. Una vez sabiendo la gente que allí habita, necesitamos saber las horas en que esa gen-

te entra y sale.

—Es claro, dijo Quintero, para tenerlos á todos dentro en una hora dada.

—Está bien pensado.

—Volvamos á repartir comisiones, dijo Aldama. Esta noche nos instruiremos de las entradas y salidas de las gentes de la casa, y una vez en autos, procederemos al asalto.

—Pero tendremos que esperar una ó dos noches.

—Es claro.

—Entremos esta noche y acabemos de una vez.

—Esa es una imprudencia, replicó Aldama.

—Tiene razon Aldama, dijo Blanco, en tods caso es necesario obrar con mucha prudencia por que jugamos el pellejo.

—Estoy conforme, dijo Quintero, nos pondremos en marcha y rondaremos la calle entre los tres y nos apostaremos, siempre divididos, para observar mejor sin ser vistos.

Poco tiempo despues, tres embozados recorrian cautelosamente todo el largo de la Calle de Cordovanes, desde la esquina de las Calles de Santo Domingo, hasta las del Relox.

A eso de las ocho de la noche se reunieron los tres embozados en la esquina de la Calle de la Canoa y convinieron en no aguardar mas la entrada de Dongo, á quién habian visto salir en su coche.

Blanco aseguró que volvía las mas noches, segan noticias que él tenia, á eso de las nueve, pero que ratificarían al dia siguiente si esto era exacto.

Despues se dirijieron por la Calle de la Canoa y espalda del Hospital de San Andres á la calle de la Mariscala, donde vivia Teresa.

Desde este punto volvemos á anudar el hilo de nuestra

CAPILLA ALFONSINA